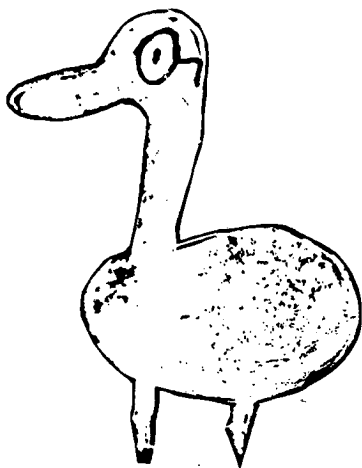

EL ANTIHUMOR EN LA CIUDAD: LO BARATO SALE CARO

SEBASTIAN DE LA NUEZ



El verdadero humorista es alguien que lo dramatiza todo, que piensa que las cosas van a salir siempre mal.

Los humoristas en realidad no esperan que las cosas cambien y mejoren, porque así muere su fuente de creación.

Alvaro de la Laiglesia, connotado escritor español, dijo que el humor es una cucharada de miel que se echa a la vida de cada día. Quino, por su parte, opina que más bien es una cucharada de hiel.

Y es que no se ponen de acuerdo. Y aún más, los verdaderos humoristas, además de no ponerse de acuerdo, son extraordinariamente individualistas. Tan es así, que a los mejores uno les entiende noventa por ciento de sus cuentos, pero el resto se lo reservan ellos para sí mismos y para quienes hayan seguido el desarrollo de su clave particular.

El humor de Caracas no existe. Lo que existió es la "mamadera de gallo" baratonera, que intenta siempre ridiculizar al prójimo. Lamentablemente, Radio Rochela ha sabido reflejar esto, y de allí su éxito. El humor de la calle es el antihumor generado por una lógica puesta al revés: el de los conductores que se agarran a piñas en plena avenida; el del funcionario de una oficina del Estado que no levanta la cabeza para atender al público; el del periódico que "monta una olla" con la noticia de que un perro violó a una niña; el del discurso del Presidente con motivo de cumplir tres años de gobierno (tres horas y media de duración, relato pormenorizado de lo que se hecho y está por hacerse); el del espejismo de la animación cultural y la pacatería en los criterios de la política del Conac y organismos afines; el de la creación de un Ministerio para el

desarrollo de la inteligencia. En fin, todo esto es fuente para que un grupo de intelectuales elucubre al respecto y, poniendo en evidencia la estupidez humana que tales hechos llevan consigo, provoque la risa. O ese "hum" que se produce cuando la comunicación despierta en el lector u oyente una corriente de entendimiento. Es como el guiño de inteligencia entre emisor y receptor, que se dan la mano y reconfortan mutuamente ante el absurdo imperante.

El absurdo: he aquí la clave.

El juego de palabras: he aquí la técnica. El Papa ha dicho que hay infierno. Y agregé que hay fotofo, frimavera y ferano.

Aunque no es la única técnica, es una de las más fáciles. Aunque hablar de técnicas en esto de hacer humor puede resultar peligroso:

Que la "mamadera de gallo" urbana vaya por su lado y el humor supuestamente elitescos de un Zapata, Otrova Gomas o Graterolacho vaya por el suyo, no quiere decir que no existan puntos de coincidencia. Sobre todo cuando los humoristas venezolanos intentan el acercamiento. He allí la Cátedra del Humor para demostrarlo, con todo y que se escenifica en la Universidad Central de Venezuela, y no en el barrio Caja de Agua, como podría muy bien ocurrir cualquier día.

La estética de la información es la estética del humor, y como tal se reduce: a) a una teoría de la percepción del mensaje y de la apreciación de las formas contenidas en él; y b) a una teoría sociológica sobre los papeles del creador o del receptor según su cultura, los valores que le interesan, etcétera.

El verdadero humorista buscará —inconscientemente— el establecimiento de un justo equilibrio entre previsibilidad —mensaje con redundancia suficiente— y originalidad. Si quiere hacerse comprender, su mensaje debe ser suficientemente redundante con respecto a los signos almacenados por la cultura en el espíritu de cada hombre miembro de su público destinatario.

Sin embargo, hay humoristas que desarrollan su código personal. Como lo desarrollan directores de cine, artistas plásticos, escritores.

Bien: tenemos entonces en la calle la ficción hecha realidad, y en las decisiones del Gobierno, el absurdo hecho sistema. Desde los periódicos, los libros, los programas de televisión y de radio, un grupo de gente sensible e inteligente —condiciones básicas para ser humorista— remoja lo de la calle a su manera, una manera elaborada y por lo tanto distorsionada. Por ejemplo, el personaje del pavo Lucas, interpretado por Joselo, no tenía todos los elementos que su modelo real poseía verdaderamente en la calle. Tenía sólo algunos, y exagerados. Por lo tanto, como reflejo de un tipo social, no era válido.

"¡Nunca supiste cuál whisky había que tomar para triunfar en la vida!"

La ironía es un producto elaborado. Lo que esa señora gorda que se metió a empujones en el autobusetete rezonga acerca de Copei, o las trancas, o los precios del mercado de Quinta Crespo, no es ironía: el comentario jocoso de esa señora lleva la impronta de lo auténtico. La ironía está en Copei, las trancas y el costo de la vida. La señora lo que hace es, de verdad, comentar la realidad a su manera. Es decir, convertir lo realmente triste en un "déjame reír por no llorar".

Coexisten, pues, en la ciudad, esas dos formas de humorismo: el comentario que pasa por chiste no porque intencionadamente se ha elaborado así, sino porque la situación que lo origina ya de por sí es un chiste; y por otra parte, la "mamadera de gallo" por el mero placer de "joder", como el del conductor que pasa al lado de un carro accidentado al borde de la autopista y le grita a su dueño: "¡Bota esa vaina!"

Y aquí caemos en otra cosa: la grosería es parte fundamental del chiste urbano porque al devenir agresivo así lo exige.

Había una vez un muchacho albino al que apodaban "Cucaracha blanca"; y le molestaba mucho, porque es indudable que el refrán "el que se pica es porque ahí come" tiene plena vigencia en el humor y sus consecuencias. Pues bien, este muchacho iba un día caminando por Chacáto y su novia lo acompañaba. Pasaron en un carro unos amigos del liceo y uno de ellos le gritó: "Adiós cucaracha blanca coño de tu madre". Los que iban en el auto se regocijaron con el chiste, y más que todo con el apéto que refuerza al sobrenombre gritado a los cuatro vientos. No así sucedió con el albino, cuya faz tornose encarnada.

Eso no es humor; es crueldad practicada con saña, premeditación y alevosía.

Hay que diferenciar entre comiquería y humor. Lo de TELECOMICO, EL SHOW DE LOPEZ, RADIO ROCHELA y muchos de los pasajes de EL SHOW DE JOSE LO es comiquería, es decir, humor desviado.

El elemento trágico ha sido siempre una constante del humor venezolano: es una respuesta a la situación del país. Es la oposición a la opresión. De allí el valor de "Fantoques" y "El morrocuyo azul". "Fantoques" fue el elemento de popularización de muchas de las tendencias existentes en el medio literario venezolano de principios de siglo. Ingenio popular, aceptación de ciertas formas literarias y oposición a todo lo que significara intelectualismo eran sus principales características, y en especial, las de Leoncio Martínez. Sarcástico, anárquico, sentimental, la risa de Leo se convirtió en signo de protesta.

De allí para acá, el periodismo ha jugado el principal papel en el desarrollo del humorismo. Han existido una serie de revistas, unas de vida más o menos larga, otras castradas violentamente por la dictadura de Pérez Jiménez o la mentirosa libertad de expresión de Rómulo Betancourt. Hasta llegar a "El sádico ilustrado", en la que el erotismo irreverente, el humor negro e incluso necrofílico, y la audacia del chiste casi insulto contra políticos del sistema, alcanzan su máxima expresión.

A veces ha habido coincidencia entre la calle y el papel. Cuando la identificación es mayor, hay arte en el humorismo: el receptor reconoce explícita, concreta e inmediatamente formas y conocidas, y entonces domina con facilidad su acoplamiento. Produce un placer formal, vinculado a la capacidad que tiene el artista de plantear un problema y el mundo de las formas al menos en un pequeño sector y a un nivel concreto.

Se da también un mecanicismo irracional, connotativo y sensualista: aquel por el que el hombre percibe, pero no concibe, todo un haz de variaciones del mensaje que, sin cambiar lo denotativo, modifican la manera como es recibido. Hay todo un campo de fluctuaciones en cada uno de los signos o agrupaciones de signos del mensaje —del chiste, en este caso—; y hay para el artista un modo más o menos constante de explotar ese margen de libertad que se le deja (su estilo al escribir, al dibujar), lo mismo que hay para el receptor muchas maneras de apreciarlo y de hallar en él resonancia más o menos complejas, más o menos estereotipadas, más o menos inesperadas. Hay, pues, sitio para todo un mensaje estético.

El hombre rico que se apoya sobre el lomo de su mayordomo para buscar en la biblioteca un libro cuyo título es "Democracia"; el funcionario que atiende el puesto de "Información" en un gran centro comercial, preguntándose para sus adentros "¿qué somos?", "¿a dónde vamos?"; el director general de una empresa que ha colocado en la puerta de su oficina el cartel "cierre la puerta antes de entrar": son ejemplos de Quino que se despliegan y "hacen gracia" (hacen pensar, provocan el "húm") en la medida en que el lector aprehende lo que él quiere decir, no sólo lo entiende.

El ser urbano caraqueño, cada vez menos capacitado para trascender la cotidianidad que lo aplasta, estrecha su marco de referencia imperceptiblemente y por ello disfruta más el chiste fácil del sargento Fulchola que la noticia comentada por los "profetas del desastre": Orlando, Graterolacho y Zapata.

La publicidad cobarde, hecha sin gracia y sin salero; y una televisión que propone lo cursi como forma existencial, contribuyen decididamente al antihumor. El miedo a la innovación y al desparpajo coarta la libertad de creación humorística. Para hacer humor uno tiene que sentirse a sus anchas, y no estar presionado por el rating; o en el caso de la publicidad, por un empresario que impone sus condiciones para darle la cuenta a una agencia; y entre esas condiciones suele estar el que se publicite su producto mediante el chiste que él mismo inventó.

El humor crítico es visto como una forma de arte muy menor. Incorporar el humor a cada materia, a cada discurso, a cada acto social y hecho político, es reivindicar su verdadera esencia, y no, como se cree por ahí, subestimar lo trascendente.

No hay nada más trascendente que el humor, y sin embargo no hay nada más subestimado.

Hay que incorporar el humor, y no la comiquería, a la vida. Porque si no, esto no hay quien lo aguante.

